
Venezuela

MIGUEL ANGEL CAPRILES Empresario.

Comandante Fidel Castro, líder máximo de Cuba;
Señores de la Presidencia y señores delegados:

Yo voy a hablar aquí como un empresario, un capitalista burgués, pero que no puede olvidarse de su país, del país

en que nació y en que vive, que le ha dado o le ha permitido hacer el patrimonio de que dispone. Por eso los problemas de mi país, aunque me afecten o no me afecten personalmente en el sentido económico, tienen que seguirme preocupando.

Cuando se escriba la historia de este período y de este problema de la deuda, quizás el problema más grave que hemos tenido en este siglo, habrá

que reconocerle al Comandante Fidel Castro el sentido de la historia que lo caracteriza, porque mientras en otros países se perdía el tiempo y se sacaba el cuerpo a afrontar colectivamente, con un sentido latinoamericanista el problema, él nos convoca aquí y nos permite lograr lo que no lograríamos en Venezuela o estando en nuestros países, que es reunirse 1,200 representantes de la América Latina para

deliberar, discutir o confrontar las ideas diferentes que podamos tener frente a un problema que agobia al futuro de nuestros países.

Esta reunión, por cierto, por su magnitud pareciera que es la más grande del mundo en volumen de asistentes en reuniones de este tipo. Yo creo que guarda proporción con la magnitud de la deuda y del problema que confrontamos.

Yo me permití ver el problema en su magnitud y en su gravedad con mucha anticipación. Claro, prediqué en el desierto o aré en el mar, como dijo Bolívar, porque fue inútil lo que planteé hace casi tres años.

En enero de 1983, en un primer editorial publicado en mi diario, decía yo: "A partir de 1974, cuando se inició el aumento de los precios del petróleo, la banca de los países ricos del norte comenzó a inundarse de petrodólares depositados por árabes e iraníes. Se abrió así para la banca internacional el negocio del siglo, porque la catarata de miles de millones de dólares que fluía hacia ellos desde todos los países de la OPEP, con excepción de Venezuela, era de una magnitud que no habían previsto ni los más avezados economistas. Presionados por la necesidad de colocar esa inmensa liquidez y con los ojos desmesuradamente abiertos por la codicia del prestamista, los bancos se volcaron sobre el Tercer Mundo a ofrecer a sus gobiernos préstamos casi en forma compulsoria. Fue una avalancha de ofertas de dinero, utilizando todos los ardides del vendedor más agresivo. Los bancos corrieron con otra suerte adicional y la aprovecharon ampliamente. Los funcionarios gubernamentales del Tercer Mundo, frecuentemente incapaces, y/o corruptos, no resistieron los sobornos y las comisiones que muchas veces acompañaron a los préstamos o a esa verdadera venta de préstamos, porque los astutos banqueros nórdicos nos metieron el dinero por los ojos; porque la mayor parte de esos créditos se les vendieron a esos funcionarios, aprovechando su incapacidad o su corrupción, como tradicionalmente nos han vendido esos países los cachivaches más o menos útiles que producen sus industrias

"Venezuela fue una de las más solicitadas por esa avidez bancaria. Esos banqueros han debido reírse de nosotros frecuentemente al ver el increíble espectáculo de un país petrolero, cuyos ingresos se quintuplicaban repentinamente, pero que no sólo despilfarraba esos ingentes recursos propios, sino que se apresuraba a tomar todos los préstamos que le ofrecían, para botarlo también en fantasiosos planes de un desarrollo irrealizable.

"La segunda fase de ese proceso nos afectó aún más. Una vez endeudado hasta la coronilla el Tercer Mundo, los países nórdicos aumentaron las tasas de interés para expoliar-nos más, de un 8% a como nos habían prestado, los intereses llegaron hasta el 20% y aún no bajan del 15%" —yo escribía eso en enero de 1983, ahora han bajado más—, "con todas las comisiones y gastos que nos cargan. Fue una operación de usura a escala espacial, con los agravantes de agavillamiento y alevosía a unos pobres países deudores que parecen impotentes ante tamaña explotación

Una verdadera demostración de cómo aquellos nórdicos entienden el cacareado diálogo Norte-Sur y del poco respeto que les inspira la Biblia, a la que expresan apego en sus religiones y que tan severamente condena la usura.

"El resultado de este proceso es que los países del Tercer Mundo están en quiebra y no podrán pagar los 600,000 millones de dólares que adeudan a esa banca, ni siquiera los intereses, como en el caso de Argentina.

"Estamos en el umbral de una situación de cesación de pagos, de un verdadero estado de atraso como se dice en el Código de Comercio, y tal situación es inexorablemente irreversible.

"Con su codicia y su usura, la Banca Internacional cavó su propia fosa y solamente medidas heroicas podrían hallar soluciones a mediano plazo.

"Así como en 1810, sin comunicaciones, todos los países de América Latina se pusieron de acuerdo para independizarse, ha llegado el momento en que lo hagamos para sacudirnos el yugo de quienes nos colonizan ahora con otras armas.

"Venezuela debería explorar con todos los gobiernos latinoamericanos" —esa fue mi proposición de entonces— "la posibilidad de una reunión cumbre para estudiar y decretar todos una moratoria de sus deudas extranjeras estatales, sin pago de intereses por tres o cinco años como lapso mínimo necesario para ordenar nuestras economías y ajustarnos los cinturones, todo lo cual será imposible hacerlo mientras gran parte de los presupuestos nacionales de nuestros países estén gastándose en el servicio de esas deudas. Ese sí sería un argumento que entenderían los nórdicos dentro del diálogo Norte-Sur y que nos haría recuperar el respeto que nos han perdido.

"A quienes se horrorizan con todas las ideas de grandeza, nos adelantamos a decirles que no hay nada descabellado en esta idea, que se trataría de una medida legal y constitucional, dentro de la soberanía de naciones libres, sin tintes marxistas o revolucionarios, y que sólo legalizaría una situación de hecho, porque en estado de virtual moratoria de sus deudas externas están casi todos los países del Tercer Mundo, e inexorablemente seguirán hundiéndose en el tremedal a que los condujeron la codicia y la usura de la banca extranjera y su propia incapacidad y corrupción".

Hice una campaña en ese sentido.

En un segundo editorial utilicé términos muy duros hacia los norteamericanos y hacia los nórdicos en general que, si los pronunciara por primera vez aquí, dirían que me he encandilado con el escenario de esta reunión, porque estamos en un país revolucionario, socialista y no entusiasta de los Estados Unidos, pero esas palabras no las pronuncié hoy por primera vez, las pronuncié hace dos años y medio. En otro editorial que se llama: "La moratoria es inevitable", decíamos:

"Para quienes conocemos como funciona el establishment norteamericano y anglosajón en general, no nos queda ninguna duda de que las actitudes mencionadas —me refería a actitudes del vicepresidente Bush, a una situación del momento— forman parte de la maniobra anglosajona y nórdica

para contrarrestar y matar en su cuna toda idea de que los países latinoamericanos se reúnan para deliberar sobre su máximo problema común, como es el de la gravosa y ruinosa deuda con la banca, de esos países nórdicos; porque nadie en América Latina debe llamarse a engaños de que exista alguna diferencia entre los intereses de esa Banca Internacional y los gobiernos de sus países, incluso los que pertenecen a una socialdemocracia europea, que primero que todo es europea y nórdica, cuando se trata de vender y prestar caro y comprar barato a los países mestizos, aunque estén gobernados por socialdemócratas que no tengan la piel blanca y los ojos azules de Mitlerand, Brandt o Palme”.

No quiero cansarlos leyendo frases como esas en los sucesivos editoriales, pero yo comprendo que no parece un lenguaje de un empresario capitalista y burgués, pero ya les expliqué que yo también pienso, aunque sea empresario o burgués.

Por todo eso, por todo lo que digo, insisto en esta reunión trascendental y masiva en que Latinoamérica debe convocar —creo que mi Gobierno, el Gobierno venezolano es el que debe tomar la iniciativa, es lo que planteaba yo ahí— una reunión cumbre en cualquier capital latinoamericana, no es necesario que sea Caracas; ahora estamos obligados, por supuesto, aunque sea por razones de elemental cortesía, a invitar al Comandante Fidel Castro a esa reunión.

En esa reunión debe deliberarse —Jefes de Estado, Ministros de Hacienda—, en una reunión cumbre sobre la necesidad de decretar esa moratoria soberana de nuestros países. **La moratoria no significa no pagar, pensar en no pagar definitivamente, la moratoria es simplemente un período de enfriamiento, de calma, en que no tengamos que pagar ni capital ni intereses y podamos sentar a los acreedores del norte y utilizar nosotros una posición de fuerza, porque desafortunadamente el norte no entiende otro lenguaje que la fuerza, y los latinoamericanos somos muy débiles y la única fuerza nuestra es unirnos, estar de acuerdo.**

Sé lo difícil, lo utópico que son estos planteamientos, pero ésa es la única manera de sentar al Norte frente a nosotros y negociar en una posición de fuerza. ¿Negociar qué? En primer lugar, pueden preverse condonaciones parciales; yo no llego al extremo de decir que no paguemos todo, puede ser necesario llegar a condonaciones parciales de la deuda, en proporción a la situación de los países.

Venezuela quizás tiene todavía una situación mejor que la mayoría, pero no sé si el deterioro de los términos del intercambio, que es una constante y está en marcha, cuando llegue al petróleo nos puede igualar en situación con algunos de los países con mayores problemas en América.

Esa moratoria nos permitiría negociar los términos del intercambio. De alguna manera hay que llegar a un arreglo, a fórmulas, a controles. Es difícil, yo no soy técnico, ni político, ni experto en la materia, pero ellos encontrarán los caminos y las fórmulas para aplicar estas ideas generales.

Los intereses tienen que ser controlados. Ya decía yo en ese editorial que llegamos a pagar hasta el 20% de intereses sobre la deuda externa. Ustedes comprenderán que muchas de las deudas acumuladas que tienen nuestros países se deben a esos intereses usurarios que durante meses pagamos, o se nos cargaron.

La deuda en esa Cumbre, y después de esa moratoria, y después de sentarnos a la mesa en una posición de fuerza, debemos convencer a los nórdicos que éste no es un problema privado con la Banca Internacional: éste es un problema de altísima política que afecta a los gobiernos de esos países. Los intereses de esos gobiernos son exactamente los mismos, coincidentes con los de la Banca, la Banca de esos países. Y esto debe ser tratado por eso de gobierno a gobierno, y, por supuesto, los interesados, que son los bancos, han de participar.

El Comandante Fidel Castro tiene una proposición dentro del conjunto de ideas que he leído detenidamente, una proposición ideal que ojalá pudiera lograrse, que es la de que esos gobiernos a quienes me refiero y a quienes hay

que sentar en posición de debilidad o de igualdad con nosotros, paguen a sus bancos nuestra deuda, y para ello rebajen el 12% de sus gastos militares. Esto, por supuesto, afecta —y supongo que el Comandante se dirige o piensa fundamentalmente— en Estados Unidos. Ojalá que eso se pudiera lograr, porque ganaríamos doblemente: primero, porque nos pagaría nuestra deuda —Estados Unidos—, y, segundo, porque disminuiría ese armamentismo tan peligroso.

Pero si la política es el arte de lo posible, yo realísticamente pienso que aquí en esto, y dentro de todas las consecuencias que esto tenga, debemos buscar también lo posible. No se puede olvidar que Estados Unidos es una superpotencia enfrentada a otra superpotencia en el gran juego o pleito estratégico entre el Este y el Oeste. Lograr que los Estados Unidos se desarmen parcialmente para pagar nuestra deuda sería una situación ideal, pero muy difícil de lograr. Habría que pensar si la Unión Soviética accede también a contribuir a ayudarnos, bajando ellos también un 12% de su presupuesto militar, para obligar a los Estados Unidos a hacerlo.

Existe siempre el factor —que es otro de los argumentos que nos ayudan—, que es la responsabilidad suprema que tienen los bancos en este endeudamiento. Si nosotros tenemos que pagar algo, o parte, o buena parte de esa deuda, y obligarlos, por supuesto, a intereses muy bajos, y obligarlos a una serie de condiciones, como la de los términos del intercambio que ya dije, los bancos también tienen que compartir con nosotros el costo de este disparate. Porque nadie se explica —por eso digo que la historia tendrá que enfocar y dedicará muchos libros y muchas páginas a esto— cómo es posible que esos bancos, que esos hombres tan avezados perdieran la cabeza —solamente la inundación de los petrodólares podría pensar— y nos empujaran, nos metieran por los ojos miles de millones de dólares a países que ellos sabían perfectamente que no íbamos a poder pagar.

Yo escuché aquí en las primeras intervenciones, sobre todo, creo que fue el Ministro de Planificación de Bolivia que nos dio unos datos realmente

asombrosos. La composición de la deuda de Bolivia yo no lo sabía, pero por cierto, es mejor que la nuestra, porque la deuda de Bolivia es pequeña, es una fracción de la nuestra, pero el 25% solamente de la deuda de Bolivia está en manos de la Banca Internacional privada, un 30% o algo así está en manos de los bancos multilaterales, y el otro 30%, un privilegio del que nosotros no disfrutamos, fue prestado por el mismo Tercer Mundo a Bolivia. Nosotros no tuvimos esa suerte; como teníamos petróleo y petrodólares, nosotros más bien le prestamos al Tercer Mundo. De manera que el problema nuestro, el 95% de nuestra deuda es con esa Banca privada del Norte.

Los datos que nos dio el representante mexicano son también espeluznantes. México debe 100.000 millones de dólares, y si va a pagar intereses solamente, tendría que pagar 12.000 millones de dólares en este año, que es casi todo su ingreso petrolero. En situación parecida estamos nosotros, y en situación peor estaremos si el petróleo se deteriora también, y están los otros países.

Creo que he dicho más o menos lo que pienso, y creo que **las decisiones, conclusiones, o recomendaciones que salgan de esta reunión, nosotros mismos no vamos a medir el alcance que van a tener; el alcance lo va a medir posiblemente la historia lo van**

a medir los años que vienen, en función del deterioro que se vaya produciendo en nuestros países, y entonces todos nos van a dar la razón a los que vinimos a La Habana, aceptamos la invitación del Comandante Castro, y comprenderán su error los que pensaron que La Habana no era escenario apropiado para tratar este asunto, a lo que yo resumo y termino diciendo que el escenario es cualquiera, el infierno, el cielo, cualquier lugar donde se tome la iniciativa y se tenga la generosidad de invitarnos, ahí teníamos que ir a deliberar sobre el problema más grave que afecta a nuestros países de América Latina.
